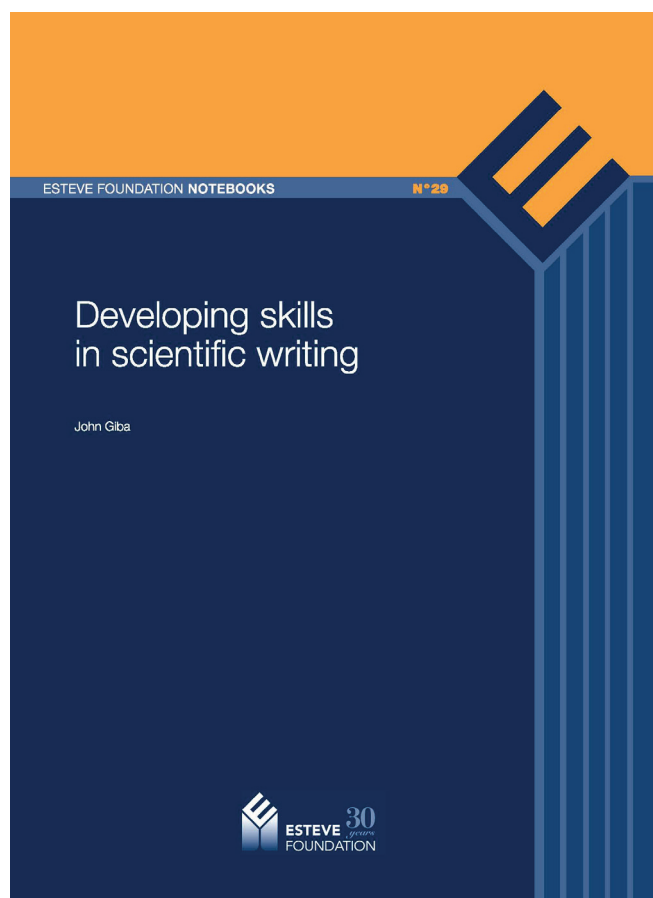


Developing skills in scientific writing, o cuando el buen científico es buen redactor y viceversa

Cristina Río López*

GIBA, JOHN (2014): *Developing skills in scientific writing*. Barcelona: Fundación Dr. Antonio Esteve; 178 pp. ISBN: 978-84-942571-0-0. Consulta en línea previo registro gratuito: <http://www.esteve.org/cuaderno-developing/>



Tal vez resulte heterodoxo, pero no quisiera dejar de comenzar esta reseña con un agradecimiento: a la Fundación Dr. Antonio Esteve por, una vez más, haber puesto a disposición de todos nosotros un documento que no tiene precio —económico— y sí mucho valor; y, por supuesto, a su autor, John Giba, quien, además de ser la generosa cabeza pensante, participa desde 2013 en los seminarios de la Fundación que llevan el mismo título que el libro aquí reseñado.

¿Por qué habría de interesarnos consultar la obra? Para empezar, porque uno aborda las primeras páginas y enseguida se topa con una afirmación que no debería pasar por alto: que los planes de estudio de las ciencias son tan exigentes que apenas dejan ni tiempo ni ánimos para la formación en redacción

científica, y, más aún, muchos profesionales se enfrentan a la necesidad de comunicarse a escala internacional en una lengua, el inglés, que no es la suya. ¿Cómo pueden formarse? El responsable de la introducción, el doctor Ramon Brugada, rechaza el lenguaje ampuloso y aboga por una idea que se ha ido abriendo paso en los últimos años —y en varios idiomas, también en el ámbito especializado—: el *plain simple language*. Cosa que Giba hace en la teoría y en la práctica y de manera clara e ilustrativa.

No hay progreso científico si este no se transmite, y no se transmite (bien) si no se sabe expresar correctamente. Partiendo de esta premisa, el autor se dedica a abordar las dificultades con que se topan los hablantes de español a la hora de redactar documentación científica en inglés, porque ha advertido a lo largo de su formación que la mayor parte de las obras dedicadas a la cuestión van destinadas a los propios hablantes del que en nuestra época se considera el idioma científico por excelencia. A escribir correctamente se aprende, leemos, y no debemos abandonar si creemos que no hemos nacido con el talento de los grandes autores. El secreto consiste precisamente en... escribir. Y volver a escribir. Para ayudar y guiar al lector en esta tarea, Giba ha articulado su obra en una serie de capítulos que, como admite con humildad, no son necesariamente los únicos imaginables. Pero sí, juzga esta traductora, claros, expresivos, prácticos e ilustrativos —y en los que se le propone al lector que pase a la acción en los ejercicios que constan al final de cada uno—. Vamos a verlos.

1. Structure and organization

Se escribe para transmitir un mensaje y ese mensaje se dirige a alguien que tiene determinadas características. ¿Quién es nuestro público, qué necesita, en qué cantidad, con qué estructura...? Todo ello ha de determinarse, pero el redactor, como sabemos, no está solo, pues un tipo textual acostumbra responder a un patrón más o menos establecido. Centrándose en los artículos de investigación, Giba describe la estructura habitual de estos: introducción, métodos, resultado y discusión. Comenta asimismo su disposición, los tiempos verbales empleados y el modo de indicar los temas tratados. Se trata de una descripción que responde a lo ya apuntado para el conjunto del libro: la claridad expositiva y los abundantes ejemplos resultarán al lector directamente útiles y aplicables.

2. Scientific style

Insistimos: se escribe ciencia para informar, y en ciencia se informa comunicando resultados y conclusiones, plasmando lo que se ha hecho a fin de que otros puedan evaluarlo, y formando a los que tengan algún interés en ese campo. Ade-

* Traductora e intérprete autónoma, Ferrol (A Coruña, España). Dirección para correspondencia: crismigo@gmail.com.

más de pensar en la estructura y la organización de lo escrito, importa tener presente el estilo, que debería caracterizarse por su simplicidad, fluidez, respeto, concisión, especificidad y precisión. Nos arranca una sonrisa que el autor cite a Confucio al afirmar: «In language, clarity is everything»; al menos si es, nos dice, la característica definitoria de la buena redacción científica, y a ella llevan las demás:

- La precisión: la evitación de la ambigüedad, de la que el lenguaje científico gusta poco y que no hace sino imponer una carga adicional al lector. A la precisión se llega concretando, recurriendo a los términos correctos y aplicando la mecánica más apropiada. Todo lo explica Giba incluyendo referencias al léxico, el registro, la gramática, la sintaxis, la puntuación y otras cuestiones que no por —en teoría— sabidas y dadas por supuesto huelga recordar. (Atención, traductores: a veces nos centramos tanto en lo complicado que descuidamos lo básico. Quién, con años de ejercicio a la espalda, no se ha tragado alguna vez esta coma, aquella preposición, ese orden de las palabras que chirría en oídos ajenos, tal o cual mayúscula que se usa en nuestra lengua materna y no siempre en el idioma extranjero). Abundan los ejercicios en esta sección y no tienen mucho que envidiar a un riguroso examen de inglés.
- La simplicidad: la evitación de la complejidad innecesaria, o «el colmo de la sofisticación», en traducción libre de la sentencia de Leonardo citada por Giba. La ciencia es ya harto compleja en sí misma como para que el redactor se dedique a conferirles ampulosidad y pesadez a los textos. Nos llama la atención la cruda advertencia educativa: los programas de estudio y exámenes varios de inglés —se mencionan, por ejemplo, el First Certificate y el Proficiency— tienden a premiar la riqueza lingüística, la grandeza gramatical, «are expansive rather than reductive». Por otra parte, las lenguas romances se prestan al barroquismo. Nada de ello es malo en sí mismo, solo cuando se aplica al lenguaje científico de manera acrítica y pretenciosa. Lo que se resiente es el mensaje. Creo que es un acierto y una ventaja que el autor conozca el contexto español, pues ha tenido en cuenta de qué pie podemos cojear los hispanohablantes al escribir en inglés. Nos sonarán sus referencias a la nominalización, la doble negación, las pasivas... y esas cadenas nominales que dejan de ser una cuestión lingüística para convertirse en pesadilla interpretativo-traductológica, como *transrectal ultrasound-guided prostate biopsy false-negative prevention protocol*.
- La concisión: porque cada palabra cuenta. La concisión puede venir exigida por el organismo al que queramos remitir nuestro documento —por ejemplo, un resumen no debe superar determinada cantidad de palabras— o simplemente en aras de la eficacia comunicativa. Por respeto al lector, viene a decir Giba: porque no es de rigor presentarle un ladrillo que este deba pasar por el cedazo, a ver si encuentra algo que valga la pena. Considero que el traductor tal vez halle particularmente reveladora esta sección, ya que en los

consejos y ejemplos verá que una traducción inversa español-inglés que se haga casi palabra por palabra llega a resultar excesiva y rimbombante. Y, al revés, no nos resultaría extraño, ni incorrecto, traducir directamente los ejemplos sin omitir nada.

- La fluidez: para no perder el hilo. «[T]he burden of communication is on the writer», insiste Giba, y el lector no debería tener que leer un texto una y otra vez para llegar a entenderlo. Se ofrecen algunas claves para redactar de acuerdo con las máximas de cohesión y coherencia, de presentar lo conocido antes de lo que está por conocer, de aplicar la terminología de manera sistemática y sin inducir a confusión, de no sobrecargar el texto de abreviaciones, y otros principios que, a fin de cuentas, son de sentido común y válidos más allá del campo científico.

3. The overview

La visión de conjunto: para que los árboles no nos impidan ver el bosque. El científico puede tener tantos datos que comunicar que llegue a perder la perspectiva del mensaje entendido como un todo. Por ello es importante que uno tenga claro lo que quiere decir para, a continuación, decirlo. La claridad de pensamiento conduce a la claridad expositiva. Con este objeto, las palabras que se escojan deberían ser informativas y representativas; pone el autor el ejemplo de que, si el lector potencial introduce palabras clave en el buscador, un título bien escrito atraerá a los lectores interesados y transmitirá a los demás que eso no es lo que desean encontrar. Y nos lleva de viaje por las distintas partes de un artículo científico para mostrarnos cómo podemos lograrlo, descartando lo menos bueno para ir a lo mejor.

4. Putting it all together: Additional exercises

Se trata de una sección práctica en la que se le presentan al lector ejercicios pensados para combinar, en un escenario más realista y global, todo lo expuesto en los capítulos anteriores y consolidar los conocimientos adquiridos.

Appendices

Son un pequeño regalo de varias decenas de páginas: algunas máximas recapitulativas sobre cómo debería ser la escritura científica, términos que acostumbran confundirse, falsos amigos, formación del plural de las palabras grecolatinas, algunas notas sobre las preposiciones, palabras complejas y su traslación al lenguaje sencillo, construcciones nominales y su equivalente verbal, expresiones huera y redundantes, locuciones que tienen sinónimos más breves, marcadores del discurso, algunas diferencias entre el inglés británico y el estadounidense y, muy de agradecer, una selección de sitios web, libros y artículos, además de la lista de los Cuadernos de la Fundación Dr. Esteve disponibles hasta la fecha de la publicación del que aquí se reseña.

Un consejo, por cierto atinado, que ofrece el autor: no nos frustramos. «Learning a foreign language is a lifelong task» —¿y no se puede decir lo mismo de la lengua materna de uno?—. Simplemente no dejemos de aprender. De insistir en comunicarnos. He ahí el secreto.